

Libertad y violencia

PEDRO UGARTE

Hay una idea de libertad abstracta que manejan políticos e intelectuales y que nada tiene que ver con la libertad. También hay una idea de violencia abstracta que manejan los mismos personajes y que nada tiene que ver con la violencia.

Los defensores de la libertad abstracta siempre denigran la libertad real. Del mismo modo, los que teorizan sobre la violencia abstracta siempre encuentran en ella una excusa para la violencia real. Parece que, a cuenta de los grandes números de la ética, de una especie de 'macroeconomía moral', la libertad de las personas puede ser diaria y sistemáticamente oprimida y que, del mismo modo, la violencia sobre las personas es un detalle sin importancia frente a las irresistibles (y violentas) mareas de la historia.

El razonamiento se repite hasta la saciedad y activa siempre el mismo resorte, por distinta que sea la gravedad de la conducta que pretenda justificar, ya sea el terrorismo, el genocidio, el magnicidio, el puñetazo, el robo, el escrache o el mero insulto. El argumento exculpatorio obra así: ante un asesinato, con un tiro en la nuca y sangre vertida sobre la acera, asoma el comentario generalista: «más asesina el capitalismo». Ante un avión suicida proyectado contra un edificio, que acaba con la vida de miles de personas: «más asesina la política de inmigración occidental».

El argumento espejeante, de una sola superficie euclidiana, reversible como el cuerpo de un octópodo, sirve para un roto y para un descosido y matiza, atenúa, cuando no indulta, toda acción inmoral: «¿insultado? Más insulta ese político cada vez que abre la boca», o «más amenaza ese amenazado a los trabajadores de su empresa», o «si ese menor ha golpeado al ministro es porque más ha golpeado él con los recortes».

El ejercicio de una violencia cierta, concreta, medible en sangre y en dolor, se escuda, a efectos atenuantes o eximentes, en violencias metafísicas, cuyos ejecutores son también agentes impersonales: el capitalismo, el sistema, la sociedad, los mercados, las relaciones internacionales. Cuando un sofista dice que la culpa de algo la tiene «la sociedad», se inviste de un halo de sofisticada inteligencia, haciendo ver que horada con acierto las capas más intrincadas de una realidad que a nosotros, pobres mortales, nos han sido vedadas. Se parece a la soberbia intelectual, al supremacismo ético de quien desprecia que una monja consagre su vida entera a ayudar a los desfavorecidos porque él va más allá y enuncia que «la caridad no reme-

dia los problemas de fondo». Y no solo minusvalora la entrega de la monja: se cree mejor que ella por puntualizar en Twitter, desde el salón de su casa, que «eso no es suficiente».

La libertad y la violencia no son conceptos gaseosos y abstractos, sino materiales y concretos. Hay un concepto de libertad formulado en términos negativos que resulta radicalmente objetivo: eres libre siempre que nadie ejerza sobre ti violencia o amenaza de violencia. Pero esto no sirve a los tahúres de la culpa, que recurren siempre a responsabilidades galácticas. Para ellos no somos libres por infinidad de causas de orden político, económico, cultural, religioso, antropológico. Nadie duda de que todos venimos condicionados por cultura, ideas, época, familia, estudios o amistades, pero internarse por esas veredas (que es interesante a muchos efectos, desde filosóficos hasta literarios) no tiene nada que ver con la libertad jurídica y política. Hay libertad si te levantas todos los días para ir a trabajar a un lugar que no te gusta. No puedes decir que vas obligado salvo que, para hacerlo, alguien te apunte con un arma o te dirija una amenaza: vas porque quieres, porque te da la gana, porque sí. Habrá muchos condicionantes de orden personal, pero si vas a trabajar a un lugar que no te gusta (o donde pagan poco, por ejemplo) no es fruto de la violencia: es un acto libre y voluntario. La prueba es que nadie vendrá a levantarte de la cama si no lo haces por ti mismo. El mundo podría vivir muy

bien sin ti, o sin mí, y sin nuestra dudosa aportación.

Se utiliza la palabra esclavitud con la misma ligereza propagandística que genocidio, terrorismo o asesinato, para aludir a situaciones donde ni hay esclavitud, ni hay genocidio, ni hay terrorismo, ni hay asesinato. Frente a un acto real de esclavitud (la sigue habiendo, en algunos países islámicos y en muchos prostibulos europeos) se airea, a modo de oráculo fantástico, «más esclavitud supone hacer la compra en grandes superficies». Frente a un acto terrorista con decenas de muertos alguien dirá «mayor terrorismo supone la legislación de los desahucios».

«Esta economía mata», ha dicho en más de una ocasión el papa Francisco, con impetu de párroco de pueblo (de pueblo peronista, creo). Y no, no se refiere a economías realmente mortíferas, como la de Corea del Norte, con sus masivas y periódicas hambrunas, ni a la que todavía padecen algunos países africanos, sembrados de alambradas proteccionistas y tiranuelos que privilegian a ciertas empresas e impiden el libre mercado. No, cuando Francisco dice «esta economía mata», se refiere, asombrosamente, a la de países donde la esperanza de vida de las mujeres alcanza los 85 años y la de los hombres 78.

A los malabaristas de la moral se les pueden reconocer las buenas intenciones, pero no disculpar la ignorancia. A partir de cierto nivel de responsabilidad pública, la ignorancia se convierte en inmoralidad.

ANTÓN

